

Alberto Colomina\*

## la industrialización de la agricultura

*Industrializar el campo no significa aprovechar sus productos como materias primas de otras fabricaciones, sino el lograr productos agrícolas o ganaderos por sistemas más o menos industriales.*

Tal vez sea éste uno de los tópicos más frecuentemente manejado como solución actual y rápida para la angustiosa situación en que se encuentra el campo en España.

No es que sea el único: La falta de créditos para la agricultura, la dificultad de mecanizar el campo, etc., se han convertido en tópicos a fuerza de oírlos, o leerlos en publicaciones no sólo populares.

Parece como si quisiera encubrirse con ellos el deseo de afrontar la grave situación de la explotación de nuestro suelo.

Incluso se olvidan datos estadísticos, tan recientes como los de las rentas agrícolas de 1964 con descanso sobre las de 1963, destacándose el aumento de la renta agrícola del 65, tan pequeño (2,7 por 100), que no alcanza a recuperar el del año anterior y que según los datos que recuerdo, quedaba un 7 por 100 aproximadamente por debajo del de 1963.

Nos encontramos ante un panorama más optimista en este año 1966, en el que Dios quiera recuperemos las pérdidas 64/65 para situarnos, al menos, en la rentabilidad de 1963 y tal vez para sobrepasarla.

Pero la razón de estas diferencias ¿serán debidas a medidas tomadas para lograrlo o solamente a las circunstancias climáticas de un buen año agrícola?

No quiero entrar en la bizantina discusión de si España sigue siendo o ha dejado de ser un país agrícola.

Creo que se logra muy poco de aceptar una u otra tesis; ni si ello depende de la producción agrícola, de su población laboral o del porcentaje de personas españolas que viven en los pueblos o de la producción de este sector.

Pero lo que no podemos olvidar es que todavía en 1965 el campo daba ocupación a 3.657.900 obreros, es decir, más del 30 por 100 de la población laboral española y que el producto neto agrario de la campaña 1964/65 se aproxima a los 200.000 millones (194.349 millones \$/

\* Director-gerente de Construcciones Colomina. C. Serrano, S. A., Madrid.

datos memoria B.B.), lo que supone cerca de la quinta parte de la renta nacional, de la que viven la mitad aproximadamente de los habitantes de España.

Estas cifras bastan para evidenciar la gravedad del problema cuya solución requiere un estudio más profundo del que acusan los comentarios tópicos.

Debe considerarse la trascendencia que la agricultura tiene en el conjunto del plan de desarrollo, cuya estructura se viene abajo como consecuencia de la inflación que en gran parte el retraso de la agricultura está produciendo, al no ser capaz de abastecer nuestro mercado.

No debe olvidarse que la agricultura ha pasado, de ser una de las fuentes de divisas como consecuencia de sus exportaciones, a ser uno de los grandes renglones de la importación que excede en mucho al de sus exportaciones, dando lugar durante el año último a una fuerte sangría de divisas.

No puede tampoco menospreciarse la importancia que tiene el consumo de productos industriales de este sector, sin el cual muchas de nuestras industrias no podrían alcanzar niveles de producción rentables, por no poder alcanzar los mínimos de producción que las modernas instalaciones exigen.

Sin olvidar que en este consumo de artículos industriales no consideramos sólo a los de uso personal, tejidos, calzado, industria alimentaria, electrodomésticos, servicios, etc., sino también los de consumo agrícola, como abonos, semillas seleccionadas, aperos, tractores, camiones, servicios, etc., etc.

Más que mi condición de propietario agrícola, estimo que estas razones bastarán para justificar mi preocupación por la agricultura.

Y ¿quién, con tan grave preocupación, puede callar lo que piensa sobre el problema, aun corriendo el riesgo de fracasar con su pobre aportación?

Pero hoy querría limitarme al tema de la industrialización del campo, no tanto empujado por mi profesión de ingeniero industrial, sino por puntualizar un criterio que estimo puede dar lugar a grandes perjuicios en el porvenir de las explotaciones agrícolas.

Industrializar dice el diccionario «Es dar carácter industrial a determinadas operaciones o negocios».

¿Es esto lo que se pretende cuando se habla de industrializar el campo?

¿O simplemente se trata de montar en determinadas zonas del campo español industrias que revaloricen y aprovechen al máximo la producción agrícola?

Una industria láctea, más o menos completa; una industria de conservas; un matadero industrial de aves o cerdos, una manufactura de algodón, o cualquier otra industria de este tipo, que aprovecha como materias primas productos agrícolas o ganaderos, no tiene, a mi juicio, nada que ver con la industrialización del campo.

Como no podríamos decir que se industrializa, por ejemplo, la construcción cuando se construye una fábrica.

Pero si lo entendiéramos así, daríamos como industrializada la cons-

trucción y tal vez nadie se pararía a pensar en el proceso de industrialización que la construcción tiene que recorrer mediante la prefabricación de elementos o cualquier otro tipo de industrialización de los que ya están en marcha y que cada día serán más necesarios.

Hacer edificios mediante sistemas industriales, incluso en fábricas, como se viene haciendo en gran parte del mundo, eso sí es industrializar la construcción.

*Pues bien: industrializar el campo será lograr productos agrícolas o ganaderos por sistemas más o menos industrializados, pero nunca aprovechar sus productos como primeras materias de otras fabricaciones.*

¿Sutilezas? Si lo estimara así, me habría ahorrado la molestia de escribir estas líneas, pero creo que no es así.

Porque la industrialización del campo es precisamente uno de los problemas más urgentes que hay que resolver en España y mal podrá ni siquiera afrontarse, cuando con el enfoque actual parece quedar resuelto sin más que distribuir más o menos acertadamente unas cuantas industrias agrícolas que nada tienen que ver con el problema principal.

Bastaría comparar la capitalización de nuestro agro con la del agro de cualquier nación de agricultura avanzada para hacerse cargo del problema.

Granjas en que el valor de la tierra es la partida de capital de menor importancia son frecuentes en Norteamérica, donde el propietario está pensando en invertir sus ahorros, no en la adquisición de nuevas propiedades, como le sucede a la inmensa mayoría de los campesinos españoles (y en esto creo que hay poco que distinguir entre pequeños y grandes terratenientes) sino en adquirir una nueva máquina, una instalación más moderna o en mejorar la raza de su ganadería, en definitiva, en ir industrializándose.

Otro factor que podría servirnos de medida para orientarnos en esta industrialización es el número de trabajadores que se emplean en el campo para obtener una producción determinada. Estados Unidos emplea la sexta parte de personas que España, y como todos sabemos tiene excedentes agrícolas, siendo nuestra producción deficitaria y ello gracias a la industrialización.

Porque industrializar el campo no es sólo posible, sino conveniente, y en cierto grado de desarrollo indispensable, ya que habrá momentos en que la producción deberá aumentar notablemente a pesar de no disponer del número de brazos con que actualmente cuenta y deberá, por varias razones, aumentar notablemente los precios del jornal.

¿Qué sería entonces del campo español si siguiera pensando que está industrializado según hoy venimos entendiéndolo?

Explotaciones racionales, con técnica agrícola e industrial que perfecciona los productos a obtener, en cantidad, calidad e incluso presentación (la homogeneidad es cada día una mayor exigencia del mercado).

Técnica industrial que economice mano de obra y aproveche al máximo la producción y todos los subproductos que intervengan en el proceso, que ahorre mano de obra y haga llegar a su destino las cosechas o los productos de la explotación en condiciones óptimas.

Explotaciones mecanizadas al máximo, economizando la mano de obra y especializándola. Explotaciones en que se programen las plantaciones o criaderos con arreglo a las exigencias de los mercados.

En las que se apliquen las técnicas más modernas, como se hace en la industria, en todos los órdenes, tanto tecnológicos y técnicos, es decir, de medios de explotación y de estudio de tierras, climas, abonos, simientes, selección y recría de ganados, etc., hasta los sistemas contables, de transporte, de relaciones humanas y tantos otros que si son fundamentales en una industria no tienen por qué desdeñarse en una explotación agrícola industrializada.

Un simple ejemplo de industrialización podría ser el de una labor de secano que empieza utilizando el arado romano, luego el de vertedera tirado aún por bueyes o mulas y que cambia éstas por el tractor y el arado de discos u otro apero conveniente. Que de segar con la hoz pasa a utilizar una segadora y que sustituye en la era el aventado a pala por la aventadora para luego utilizar la trilladora. Que en un nuevo paso utiliza la cosechadora y aprovecha la paja con tratamientos adecuados. Que cambia la simiente de la cosecha anterior por la suficiente adecuada al terreno y al clima. Que no se conforma con utilizar solamente el abono animal y pasa a completarlo mediante un estudio técnico con los abonos minerales convenientes, etc., etc.

Y si todo este proceso puede darse en un cultivo tan simple, ¿qué no cabrá hacer en una explotación agrícola compleja?

¡Ah! Pero para eso sería necesario que la agricultura dispusiera, como tiene la industria, de empresarios competentes.

¡Qué duda cabe! Tanto que para mí es el problema fundamental que hoy tiene planteado nuestra agricultura y sobre el que he querido ocuparme más de una vez.

Si no lo he hecho ha sido por temor a no acertar con el planteamiento y menos con soluciones para tan arduo problema; particularmente por falta de los datos estadísticos necesarios, pero puede que, a pesar de todo, algún día caiga en la tentación de robarnos otro rato, si es que habéis tenido la paciencia de soportar estas líneas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Actualmente funcionan dos Escuelas en España cuya especialidad está precisamente constituida por la gestión de empresas agrícolas, o, mejor dicho, las ciencias empresariales en su especialidad agrícola. Cada una de estas dos Escuelas está estructurada en un nivel diferente de estudios. Una de ellas, localizada en Córdoba, funciona en régimen de Escuela Técnica Superior, encuadrada en la Dirección General de Enseñanzas Técnicas del Ministerio de Educación; si bien la dirección de la Escuela es de iniciativa privada. La otra Escuela, localizada en Valladolid, está estructurada en el nivel de las antiguas Escuelas de Peritos, hoy de Ingenieros Técnicos. El contenido de los estudios es realmente paralelo; las diferencias estriban fundamentalmente en las condiciones de admisión y en la duración y profundidad de los conocimientos. En el caso de Córdoba se requieren el Preuniversitario y cinco años de estudios superiores. Mientras que en Valladolid se puede ingresar solamente con la reválida de sexto y los estudios duran solamente tres años. Tenemos aquí una visión general de este nuevo campo de la enseñanza superior en España, que con ello se ha puesto, en este aspecto, en línea con los países más avanzados; y que evidentemente supone una posibilidad atrayente y de indudable porvenir para los jóvenes universitarios españoles. Es una nueva especialidad profesional, que se escapa quizá al cuadro clásico de las carreras universitarias, pero cuyo desarrollo en la sociedad moderna va a ser enorme en los años próximamente inmediatos de nuestro desarrollo económico y social.—(N. de la R.)